



REDACCION Y ADMINISTRACION:  
O'Reilly, 54, entre Habana y Compostela.

SATÍRICO Y LITERARIO.

DIBUJANTE CARICATURISTA:  
Victor P. de Landaluz (D. Junípero.)

Año III.

PRECIOS DE SUSCRICION EN LA HABANA  
Un mes.....\$ 1,, Un año.....\$ 10,,  
Seis meses.....\$ 5-25 Núm. suelto.....\$ 25

Habana 4 de Agosto de 1872.

PRECIOS DE SUSCRICION EN INTERIOR.  
Tres meses.....\$ 3-75 Un año.....\$ 12-75  
Seis meses.....\$ 7,, Núm. suelto.....\$ 30

Núm. 31.

SUMARIO:

TEXTO.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—Armonías políticas, por Juan Perez.—Frituras, por Juan de Juanes.—Boceto a la pluma de Benito Juarez, por Juan Cualquiera.—El aparecido, por Juan de Austria.—Epístolas a Juan Palomo: de Newport, por John Bull.—La Rueda de la fortuna, por Robustiana Armiño de Cuesta.—Cuentos de manigua: El Chavalillo, por Juan Sin-Tierra.—Una soirée en Marianao, por Juan Particular.—Sartenazos.—Gerográfico.—Boletín Bibliográfico.

CARICATURAS.—Por Don Junípero.

MENESTRA SEMANAL.



Actualmente está de moda manifestarse y re- traerse.

Cae del poder un partido, y sus hombres se pintan ojeras, se humedecen los ojos para hacer que lloran; alquilan un fagot para que de vez en cuando suelte notas graves que parezcan un OH!!! de admiración; á la campanilla de su laringe le dan el ascenso á campana, con objeto de hablar con voz campanuda; toman lecciones de un cómico para expresar el terror en el semblante, como lo expresa generalmente el primer galán al fin del segundo acto de casi todos los dramas terribles, y ya están en situación para dar el golpe.

Puede ocurrir que al verlos de este modo les pregunten:

- ¿Quiénes son ustedes?
- Los conservadores, (por ejemplo).
- Y qué conservan ustedes?

—Hombre, claro está! conservamos perpétuamente las ganas de tener la sartén por el mango.

Preparadas las personas como he dicho en el párrafo anterior, es llegado el instante de dar el manifiesto.

¿Cómo es posible que los pueblos tengan pan, ni que dijera bien el recandador de contribuciones, si no se dá un manifiesto!

Allá vá:

—Nunca han sido heridos á un mismo tiempo tantos y tan sagrados intereses."

Ahora el fagot lanza una nota OH!!! y todo el mundo se conmueve.

Algunos filántropos inician una suscripción para fundar un hospital donde se curen de sus heridas los intereses sagrados.

Otros hacen hilas para restañar la sangre.

Y los sagrados intereses, á pesar de sus heridas, no abren la boca para decir Jesús!

El fagot continúa, oh! OH!! OH!!!

Sigue el manifiesto:

"La sociedad se derrumba...."—Otro golpe de fagot. Los filántropos buscan corpulentos troneos para apuntalarla.

"Todo el mundo tiembla...."

—Vecino, ¿usted tiembla?

—Nó, señor.

—Pero, hombre, cómo no ha de temblar usted si lo dicen los jefes de partido?

—Pues entonces sí que temblaré; pero no me habia enterado.

"Todo el mundo teme...."

—¿Qué teme usted, vecino?

—Que mi mujer me dé dos de un parto, como me ha sucedido ya tres veces.

—Bien dicen los jefes; todo el mundo tiene algo por qué temblar.

"Nuestras ideas salvarían al país de la ruina: haríamos esto, lo otro y lo de más allá."

—Gracias á Dios, ya encontramos quien nos haga felices!

"Pero si alguna vez fuera lícito apelar al retraimiento, ésta es la ocasion."

Piporrazos del fagot.

"Y nos retraemos: no queremos saber nada de la política: agur."

El fagot desafina.

Los filántropos se miran cara á cara y se pasman como si se hubieran mojado una herida ó si hubieran bebido agua detrás del chocolate.

—Ustedes creen que la patria está en peligro? exclaman.

—Sí, señor.

—¿Ustedes creen que sus ideas son las salvadoras?

—Sí, señor.

—Pues si ustedes creen eso, y sin embargo abandonan á la patria y la privan de su elocuente voz, y se meten en su casa, me parece que son unos...

no quiero decir lo que me parece que son.

El que no se retrae es Mr. Sickles. Más cojo que él podrá encontrarse alguno, pero más campechano, más terne y más enamorado de su empleo, ninguno.

El ministro de los Estados Unidos fué á España con la expresa condicion que le impuso su gobierno, de hacer renuncia en cuanto llegase.

El decoro de nuestra nacion así lo exigía.

Llegó y visitó á éste, y al otro, y al de más allá. Paseó su pata coja por todo Madrid, y en éstas excursiones debió hacerse la reflexion siguiente:

—Si teniendo buena paga cojea, qué será estando cesante....?

Y seducido por tan sólido razonamiento, determinó retirar voluntariamente la dimision que habia presentado por la fuerza.

Ahora bien: el gabinete de Washington, que tiene contraído un compromiso sobre éste punto con el de Madrid, ¿qué hará?

Lo natural es que le diga al dimisionario:

—Ahí sobra un cojo.

Veremos si lo hace.

Anuncia el telégrafo que el Gobierno someterá á las Cortes un proyecto para arreglar los asuntos financieros de ésta Isla.

Loado sea el Gobierno que con tanta preferencia se ocupa de cuestion tan interesante!

Pero estoy viendo lo que vá á suceder.

Se abrirá el Congreso, y el ministerio, con la mejor buena fé, presentará su obra.

En seguida un republicano pedirá la palabra para quejarse de que á su abuelo no lo dejaron votar con libertad los partidarios del candidato ministerial.

Un carlista presentará una proposicion para que se aumente el sueldo á los sorchantres.

Y un alfonsista pronunciará un discurso de tres dias para probar que el niño, que es su adorado tormento, habla el aleman correctamente, y por lo tanto, nos conviene.

Y en seguida se armará un tumulto, que será causa de que se suspenda la sesion.

JUAN PALOMO.

¡Ojalá no sea ahora así!

Si yo fuera ministro, el primer dia presentaría á las Cortes el siguiente proyecto de ley:

Artículo único: Se prohíbe perder el tiempo.

Y me quedaría tranquilo y convencido de que habia dictado la disposicion que más falta hace.

JUAN PALOMO.

ARMONIAS POLITICAS.

Otro manifiesto en campaña; treinta hombres políticos lo firman, para que sepa el mundo lo que piensan sus treinta inportantísimas individualidades.

El próximo correo nos traerá media docena más de manifiestos, digo, si hay en España aún persona decente que no se haya manifestado como es de ene en la presente época de exhibiciones políticas.

Del último manifiesto y de los que le precedieron, puede decirse lo mismo que de la Santísima Trinidad; son tres documentos distintos y una idea verdadera, presentada en todos ellos tan de relieve que se puede coger con los dedos: la de combatir á todo trance el actual orden de cosas para ver si se lo lleva pateta.

Y hé aquí probado con matemática evidencia cuánta razon tuvo aquel que dijo que por todas partes se vá á Roma.

Para soliviantar las opiniones, poniéndolas en punto de caramelo; sembrar la discordia y desacreditar á un gobierno, lo mismo sirven los partidarios de don Carlos que los adeptos de don Alfonso; lo mismo los conservadores que encuentran demasiado democrática la Constitucion vigente, que los republicanos, para los que esa misma Constitucion adolece de doctrinaria y aristócrata.

El disgusto cunde en todos los partidos, es decir, en todos los partidos que no son poder. Ellos, que se resignarían á mandar, sólo por salvar al



país, no están dispuestos á obedecer á nadie, y mé- nos que á nadie á un ministerio Ruiz Zorrilla, que ha tenido la avilantez de anunciar reformas econó- micas en el presupuesto.

No es posible presenciar las radicales reformas que se propone hacer en el país un gobierno que por algo se llama radical, sin protestar contra seme- jante desacato á las añejas prácticas gubernamen- tales, y poner el grito en el cielo. Si se tratara de medidas reaccionarias, de algun aumento de contribucion, supresion de garantías, empréstitos reservados y públicas gratificaciones, ya sería otra cosa, porque todo eso está muy conforme con los usos y costumbres hasta ayer en vigor, y es muy bueno y muy santo y muy nutritivo.

El único que no pensará de este modo es el po- bre pueblo asendereado, que trabaja y paga y no come siempre. Para éste no se escriben nóminas, ni se redactan manifestos; apénas si sabe por tras- mano lo que sucede, y sólo sirve de pretexto para toda clase de maquinaciones políticas que sin cesar arman las miles de almas caritativas que quieren hacerlo feliz á todo trance, cobrando una miseria por su trabajo.

Los manifestos políticos inundan con profusion fabulosa toda la Península; no hay periódico que no los inserte á pares, para edificacion y solaz de sus lectores; algunos se presentan como llovidos del cielo; muchos cándidos miran hácia arriba pen- sando que la Providencia les envía una nueva edicion del maná que dió grátis al pueblo de Israel, pero su ilusion dura poco. Ya no se hacen mila- gros, y el pueblo español no tiene derecho á que se le dé nada grátis, como no sean consejos ó unas tercianas que pueda pillar al vuelo.

En fin, veremos en qué paran estas misas; cuesta arriba se me hace creer que todos esos documen- tos de oposicion á lo constituido y lo legal, se con- viertan en agua de cerrajas, y sólo vengan á re- presentar un tiempo precioso lastimosamente per- dido por los que los redactan por puro patriotismo y con desentresadas miras, segun tienen buen cui- dado de asegurar, aspirando á ser creídos. Por otra parte, me entristece la suerte del ministerio, condenado á sufrir á quema-ropa los disparos de manifestos que le hacen sus enemigos, con balas rasas de papel, que si no matan, le queman la san- gre al que la tenga más fresca.

¡Si ustedes supieran las graves meditaciones en que me engolfo, cuando me pongo á pensar séria- mente en las tribulaciones ministeriales! Yo no puedo comprender á veces cómo hay ciudadano que se permita ser gobierno por el sólo gusto de que le den desazones. De mí aseguro que no sería mi- nistro ni aún á fines de mes, que es cuanto se pue- de decir. Y sin embargo, hay quien apetezca el cargo, quien por obtenerlo pelearía hasta con el padre que lo engendró.

Esto se explica únicamente por la propension al suicidio con que algunos vienen al mundo; la hu- manidad ama el peligro y se labra su infortunio por su propia mano, cantando, para distraerse. No le basta saber que los males vienen solos, sino que juzga preciso salirles al encuentro y aceptarlos con regocijo.

En prueba de esto, citaré á un amigo mio, que cierto dia me abrazó lleno de júbilo, bailó y se en- tregó á las más extravagantes demostraciones de alegría, porque le habia salido un siete-cueros en el dedo gordo de la mano derecha.

Fíjense ustedes en este hecho histórico, aunque parece increíble, y ya les será más fácil compren- der que haya hombres capaces de meterse á mi- nistros.

No hay duda que el espíritu de la época es be- licoso, ardiente y revolucionario. Hasta las redac- ciones de humildes anuncios se resienten de esa manía guerrera, ó como ustedes las quieran llamar, que cunde por todas partes. Los zarzaparrilleros y droguistas nos hablan sin cesar de constitucion, muertes y peligros, para que nos atraquemos de su breva je á fin de poder vivir.

Sin ir más lejos, todas las esquinas de esta feliz Habana ostentan un anuncio tan alarmente á pri- mera vista, que le mete el resuello al más pintado, como me lo metió á mí, y eso que estoy curado de espanto.

El papel es amarillo, color simbólico del sufi- miento y disntivo de la ictericia; en primer térmi- no, se vé un triángulo, trazado con gruesos rasgos, negros como conciencia de prestamista, atributo masónico, subversivo, misterioso, que huele á *bate- rías*, *grados* y otros golpes teatrales de efecto, expli- cados garbosamente por Casard; luego se lee en letras mayúsculas la palabra *Proclama*, que es de las más sediciosas de nuestro diccionario, y en se-

guida empieza el discurso, ó bando, de este modo: "A todos los que la presente viéreis y entendié- reis, sabed:"

No prosigo, porque lo que sigue á continuacion es vulgar, pueril, insignificante en sumo grado. Há- ganse ustedes cargo que se trata de anunciar al público habanero que en la calle de la Obrapia, número 13, se vende cerveza superior á diez centavos el vaso....

Toda la importancia del anuncio consiste en su redaccion revolucionaria; *¡Proclama!* dice, y no hay Cristo que no se pare en la acera, hecho un papanatas, para ver quién se permite *proclamar* al pueblo y qué cosa es la que se proclama. Por su- puesto que nadie se escapa de saber que en la ca- lle tal, número tantos, se vende cerveza á real el vaso.

Yo digo á todo esto, como aquel pirata del cuento:

¡Cuántas cosas discurre el hombre para tener qué comer!

JUAN PEREZ.

#### FRITURAS.

Las charadas de JUAN PALOMO están haciendo furor por todas partes. Hay hombre que sueña con primeras, con segundas y todos.

El otro dia se encontraron en la calle dos indi- viduos y entablaron el diálogo siguiente:

—Hola! qué tal vá?

—Así, así. Mi primera tiene escarlatina, mi se- gunda una fiebre intermitente....

—Muy bien y el todo?

—Qué todo! si te estoy hablando de mi hijas, animal!

Cuéntase que un padre arregló para su hija un matrimonio con un hombre muy rico, pero que no era, segun parece, del gusto de la muchacha.

Cuando fueron á la iglesia, y al hacer el cura la pregunta á la novia si aceptaba por esposo al se- ñor don Fulano de Tal, respondió M. resuelta- mente:

—No, señor. Pero no he podido decirlo hasta ahora, porque usted es la primera persona que me pregunta mi opinion sobre ese particular.

Hablándose en una reunion de lo nocivo que es el uso del tabaco por la nicotina que se absorbe y de la eficacia de este veneno, dijo uno:

—Para que vean ustedes si la esencia del tabaco es venenosa, baste decir que una sola gota, puesta en el extremo de la cola de un perro, puede matar á un hombre en un minuto.

Un periódico de Nueva York anuncia que un muchacho de doce años robó un baul de vestidos á su hermana, 700 pesos en metálico á su padre, y se escapó con su adorado tormento, que contaba *once años de edad*.

Y luego dirán que sólo en los trópicos es precoz el amor.

Dicen de Duluth (Estados Unidos) que un bobo entró en la iglesia del pueblo y quedó converti- do.... en cadáver.

Debe ser cosa graciosa ver á una mujer con las manos metidas en una masa de harina y un mos- quito en la punta de la nariz.

Hé aquí un bonito aforismo atribuido á Alejan- dro Dumas, hijo:

—La amistad acaba donde el préstamo empieza.

Otro perteneciente á una joven periodista:

—El amor en el siglo XIX es una palabra hueca que tiene horror al vacío.

Diálogo en una zapatería.

Un caballero, probándose unas botas.—¿Y cuánto valen?

El zapatero.—Una onza.

El caballero.—Hombre, me parece caro.

El zapatero.—No lo crea usted; mire usted el becerro que entra en ellas.

—No voy nunca á misa, decía uno, porque el domingo es dia que destino para el arreglo de mis cuentas.

—Hay otro dia, dijo una señora, en que pueden tambien arreglarle á usted sus cuentas.

—Y cuál es?

—El dia del juicio.

Habíamos dudado del casamiento de Mlle. Nils- son. Hoy es un hecho; ántes de un mes se llama- rá Mma. Rouzeaud. El arte y los cuidados domés- ticos son incompatibles. Resta saber si la artista despues de haber entusiasmado tanto tiempo á los *dilletantis* de Europa y América no tiene derecho á ocuparse de su propia felicidad.

Un escritor se engrie de haber oído más de una vez á la Nilsson formular un plan para el porvenir, que ha medio realizado. Desde que la gloria le son- rió, proyectó organizar su vida conforme á un pro- grama cuyas etapas ha recorrido sucesivamente. Quería conquistarse una fortuna independiente, ántes de pensar en el matrimonio. Tambien quería que su futuro tuviese un patrimonio suficiente para no ser atraído por el dinero. Ideó embarcarse pa- ra América. Todo se le ha cumplido. Vino la for- tuna. La América la colmó de ramos y *dollars*. El novio está á punto de caramelo, vá á consumarse el matrimonio.

Aquí la última parte de su programa, la más in- teresante de todas.

La Nilsson decía cuando forjaba sus ilusiones:

—Quiero dormir sobre mis laureles, si los hay para mi frente. El artista que no sabe retirarse á tiempo muere en vida. Es menester que nos echen de ménos, desapareciendo en el apogeo de la glo- ria. Así, cuando yo me case, abandonaré la escena para siempre.

Se acerca ese plazo fatal. ¿Qué sucederá? Sus admiradores, que se cuentan por miles, desearían que la Nilsson olvidase sus resoluciones; pero con la voluntad tenaz que le es propia; con esa firme- za de carácter que es una de las originalidades de esa naturaleza tan extrañamente rica, es de temer- se que no quede largo tiempo para oír á la incom- parable diva.

Y francamente, aunque doloroso para los que se deleitan con sus trinos, sería muy hábil por su parte. Imitaría á Rossini, que no quiso componer más despues del *Guillermo Tell*.

Un muchacho que su padre conducía al colegio quedó en éxtasis delante de la puerta de una ju- guetería.

—Papá, cómprame ese caballo.

—Estás fresco! ese caballo vale media onza y ya me cuestan con tu colegio una onza al mes.

—Pues mira, papá, replica el chico, cómprame el caballo y no me lleves al colegio durante quin- ce dias. Así te sale la cuenta igual.

La palabra *amor* en lenguaje indio es "Schem- lendamurtchwager."

Qué agradable debe ser murmurar al oído de una joven india:—Yo la schemlendamurtchwago á usted!

—De dónde vienes? preguntaba un marido á su mujer.

—De la iglesia. He oído predicar al padre X... Ay, qué sermon tan hermoso, amigo mio! Me pa- recía estar en el cielo oyendo á los ángeles.

—Y por qué no te quedaste? dijo cariacontecido el marido; nunca volverás á encontrar tan buena ocasion.

Y para concluir, recomiendo á ustedes que medi- ten bien la siguiente máxima:

—Guárdense ustedes de presentar uno de sus amigos á otro amigo. Pueden estar seguros de que se entenderán muy pronto para comunicarse mú- tuamente todos los defectos que ustedes poseen.

JUAN DE JUANES.

#### BOCETOS A LA PLUMA.

BENITO JUAREZ.

Olvidemos el triste fin de Maximiliano, y tendremos que considerar á Juarez como un grande hombre. Añadámosle, al acordarnos de la entrega de Querétaro, un poco más de generosidad, y quitémosle un poco de saña, y el enérgico, virtuoso, modesto é inteligente indio será una gran figura en la historia.

Quizá el hombre que acaba de morir, viendo insurreccio- nado en contra suya una gran parte del país, preparó la caída de Napoleon III.

Tal vez la muerte del antiguo estudiante de Oaxaca pro- duzca más ó ménos pronto la pérdida para Méjico de su na- cionalidad, contra la que prepara sus armas en silencio el co- loso norte-americano.

Méjico ha perdido un grande hombre: los españoles echa- mos de ménos un buen amigo y un excelente aliado.

Benito Pablo Juarez nació el 21 de Marzo de 1809, en San Pablo Guelatao, pueblecillo de unos 200 habitantes, la ma- yor parte inlios de raza pura, y escondido entre los altos montes del Estado de Oaxaca.



Los padres de Juárez vivían pobremente, como en general viven los indios, poseyendo por todo patrimonio una casita de adobe y teja, un pequeño campo de cultivar y algunos animales domésticos y de labor para las necesidades del cultivo.

Tres años contaba Juárez cuando murieron sus padres y quedó al cuidado de un tío, pobre como aquellos: así creció hasta la edad de doce años sin saber leer ni escribir ni aún siquiera hablar el idioma castellano.

El niño, sin embargo, sintió arder dentro de sí el genio y buscó los medios de proporcionarse la instrucción.

Había entonces, y se conserva aún, entre los habitantes de la Sierra de Oaxaca, la costumbre de llevar los hijos a la ciudad para servir en las casas principales: los padres no exigen otra retribución para sus hijos que la alimentación indispensable, un vestido sencillo y económico y la precisa obligación de que vayan a la escuela y aprendan a leer y a escribir. Así es que el niño Juárez contemplaba a muchos jóvenes, más pobres aún que él, que a su misma edad ya sabían algo y habían podido realizar su sueño dorado, "ver la ciudad," donde para colmo de tentaciones moraba una hermana suya.

Estos estímulos y el poco paternal tratamiento que en casa recibía le decidieron al fin a escaparse, y se escapó un día del año 1818.

Al lado de un encuadernador de libros llamado Salamera, tercero descubierto de la Orden Tercera de San Francisco—especie de frailes que no hacían voto de castidad ni de clausura—aprendió Juárez a leer y escribir.

En Octubre de 1821 comenzó el estudio de latinidad en el Seminario de Oaxaca; entró en el curso de filosofía en 1824 y lo terminó en 1827. Llegó entonces el momento de dedicarse a una carrera especial, y también el de sufrir la influencia de su protector Salamera. Este quería que Juárez fuese eclesiástico, pero se resistió el estudiante, porque la carrera de abogado le seducía y las luchas políticas llamaban poderosamente su atención.

En 1829, siendo aún estudiante, fue nombrado catedrático de física experimental, y el 13 de Enero de 1834 obtuvo el título de abogado de los tribunales de la República.

Estudiante era aún en 1832 cuando fue elegido diputado para la legislatura del Estado de Oaxaca.

En 1836 sufrió una prisión de algunos meses, por creersele complicado en el movimiento insurreccional, que fracasó, para derrocar al partido conservador.

Desde 1841 ocupó los puestos de juez de lo civil y Hacienda, secretario del gobierno y ministro fiscal del Tribunal de Justicia, hasta que en 1846 triunfó una de las muchas revoluciones mejicanas, y proclamándose independiente el Estado de Oaxaca, puso el poder ejecutivo en manos de un triunvirato del que formaba parte Juárez. La opinión pública empezó a declararse desde entonces a su favor al ver que había manifestado siempre buen juicio, aplomo en sus decisiones, y sobre todo, una probidad indisputable.

En Noviembre de 1847 fue elegido Juárez para ocupar el gobierno de Oaxaca, y en este mando, que duró cinco años, acabó de hacerse un hombre notable y conocido en toda la república. Oaxaca, presa de las contiendas civiles, no tenía administración de justicia, ni ejército, ni hacienda, y Juárez atendió, creó o reformó todos los ramos; cubrió constantemente la lista civil y militar y amortizó la deuda toda. Oaxaca fue considerado como un Estado modelo.

Terminado su mandato en 1852, se retiró a la vida privada, dedicándose a la abogacía tan pobre, tan sencillo y tan modesto como cuando cinco años antes había entrado a desempeñar el puesto más eminente del Estado.

Pero otra revolución puso el poder en manos de Santa Ana, y una de las primeras medidas de éste fue decretar la prisión de Juárez. Le tuvieron preso en Puebla y Jalapa, y algunos meses después el hijo mismo de Santana lo metió en un coche, y sin consentir que llevase equipaje ni dinero, lo condujo hasta el mismo muelle de Veracruz. Allí lo encerraron en un calabozo del castillo de San Juan de Ulúa, y tres o cuatro días después le embarcaron en el paquete inglés, sin pagarle el pasaje ni permitirle proporcionarse recursos.

Llegó a la Habana, desde donde se trasladó a Nueva Orleans.

Alvarez derrotó a Santa Ana, y al encargarse de la Presidencia de la república el 4 de Octubre de 1855, nombró a Juárez ministro de Justicia y Negocios eclesiásticos.

No es posible seguir paso a todos los accidentes de la vida de Juárez, porque haría este trabajo muy extenso para las columnas de JUAN PALOMO; así, pues, saltaremos por encima de muchas revueltas y motines, de los que son tan frecuentes en México, y entraremos a decir cómo fue Juárez Presidente de la República.

Por medio de una rebelión se apoderó del poder el partido clerical. Conmonfort, que era el Presidente derrotado, puso en libertad a Juárez, a quien tenía preso, para que asumiera el gobierno de la república. Acepta Juárez la difícil situación, y despliega al viento la bandera liberal, sin más apoyo que la confianza que tenía en el pueblo.

El 19 de Enero de 1858 expide su manifiesto en Guanajuato,

nombrando su gabinete, y todos los Estados lo reconocen como Presidente de la República.

Pero el otro poder, que tenía su residencia en la capital, no se descuidaba, y a causa de un motín cayó Juárez prisionero de su misma guardia de honor.

Recobrada la libertad por medio de una capitulación, pudo llegar con grandes peligros a Veracruz, donde estableció su gobierno.

El partido clerical paseaba sus ejércitos triunfantes por todos los ámbitos de la república y por todas partes derrotaba a los soldados de Juárez. Este veía constantemente sus armas en derrota, pero jamás desconfió del triunfo de su causa. Era un corazón de hierro el suyo.

Su fe salió victoriosa, y el 11 de Enero de 1861 entró en la capital acompañado de su gabinete, recibiendo una inmensa ovación.

En Marzo del mismo año fue elegido presidente por un gran número de votos.

Pero México no pudo permanecer nunca tranquilo, y sus continuas revueltas ocasionaron la intervención de tres potencias europeas.

El 17 de Mayo de 1863 fue tomada Puebla por Forey, y el 31 del mismo mes tuvo el gobierno que abandonar a México. A las tres de la tarde, después de cerrar las cámaras, salió Juárez dirigiéndose a San Luis de Potosí.

Juárez se propuso no abandonar el territorio mejicano durante la invasión extranjera, y cumplió su propósito.

Son incalculables, dice un biógrafo, los sufrimientos, escaseces personales y penas que tuvo Juárez en sus continuas marchas y contramarchas, viendo el vacío que dejaban a su lado las defecciones, las enfermedades y la muerte.

Con tales circunstancias, el indomable indio venció al ejército francés, derribó al imperio y volvió triunfante a la capital.

Desde entonces, hasta la lucha que tenía entablada con Porfirio Díaz y su muerte, son muy conocidos los sucesos.

Juárez era de estatura menos que mediana, de facciones fuertemente pronunciadas, manos y pies pequeños, color cobrizo, de mirada franca y carácter abierto y expansivo en el trato particular.

En 1º de Agosto de 1843 casó con doña Margarita Maza, de una acomodada familia de Oaxaca, de cuyo matrimonio tuvo doce hijos; nueve niñas y tres varones. Ha perdido dos varones y tres niñas.

La mujer de Juárez, modelo de esposas, falleció el año pasado.

Juárez dormía poco y se levantaba con la aurora. Los momentos que sus ocupaciones le dejaban libre los dedicaba al estudio, principalmente de la historia. Era hombre instruido, pero modesto en demasía, y pasaba por uno de los hombres más serenos en el peligro, como lo ha probado en diferentes ocasiones.

Volvemos a decirlo: apartemos la memoria de la catástrofe de Querétaro, y la figura de Juárez será brillante en la historia.

JUAN CUALQUIERA.

#### EL APARECIDO.

Margarita la de Fátuo (no la de Fátuo) se hallaba sentada frente a un velador, con la barbita apoyada en la mano derecha, el pie izquierdo ni muy tapado ni muy descubierto, y con el corazón palpitante y los ojos húmedos, tan húmedos, que las niñas de los susodichos ojos parecía que se estaban dando un baño de placer.

Encima del velador había una caja de tabacos: se encerraba entonces en ella una corona sin usar, pero llena de abolladuras, causadas a golpes.

¡Pobre Margarita! (La del fátuo, no la del Fátuo).

De tiempo en tiempo alzaba los ojos, miraba el cielo raso de la habitación y le entraban *fuiligas*; ni más ni menos que como a los *cantaes* del género andaluz.

Parecía una reina de café-cantante. ¡Pobre Margarita!

Y que le sobaban motivos para estar de aquella manera tan *desgalichá* podrán decirlo, si gustan, los que sepan que el elegido de su corazón, su adorado esposo, el rey legítimo (con garantía del fabricante) se había perdido para todo el mundo y para los carlistas.

¡Perdido el que en Oroquieta se portó como un caballero.... que huye, y después de lo de Oroquieta como un noble.... que se esconde!

¡Pobre Margarita, casada con un valiente que no ejerce!

El corazón de la reina estaba vestido de luto; eso sí, a la moda, con *polison* y todo, pero de luto.

Había escrito a todos los alcaldes de barrio; había buscado en todas las casas de empeños: ni por esas: su marido no parecía. Los prestamistas contestaron que no daban dinero más que sobre a'hajas finas.

Publicó anuncios en todos los diarios, ofreciendo un fuerte hallazgo al que le presentara a su esposo. Y hasta para hacer más fuerza añadió en algunos anuncios: "no deseo encontrarlo por lo que vale, sino porque le tengo ley."

Margarita había apurado todos los medios, y hasta se le ocurrió echarse un novio para consolar su pena, pero ésta medida la rechazó su corazón altivo, enamorado y gran bailarín dentro del pecho.

La noche era oscura como boca de perro de Terranova (no siempre ha de ser de lobo).

Era oscura, y sin embargo, la reina *veía* que se pasaba el tiempo y ella no tenía marido, ni rey, ni trono, ni corte, ni un.... cuerno, aunque sea descortesía.

Para entretener las horas se puso a examinar la lista de la ropa de la lavandera, cuando de pronto oyó un ruido.

El corazón le dio un brinco, dos brincos, tres brincos. Ni Gispert dá más brincos cuando le dice con los pies a su pareja:—"¡Ya vé usted lo que nos pasa!...."

La puerta se abrió, ó mejor dicho, la abrieron y entró un hombre.

Era positivamente un hombre, y *sin embargo*, Margarita reconoció en él a su marido.

¡Lo que es el instinto y el no tener nada que hacer!

El marido se quitó la capa, se atusó el bigote, se miró al espejo, se rascó una pantorrilla y cayó en los brazos de su mujer.

El se mantuvo más serio que un rey de copas en un entrés: ella rompió a llorar, como una dama de teatro casero.

Aquello parecía una escena de un melodrama traducido del francés.

—Al fin vuelves! exclamó ella.

—Pues no, que nó!

—¿Qué has hecho todo este tiempo para no darme noticias de tu persona?

—He estado ocupadísimo.

—En qué? en tomar posesión de tu reino?

—En esconderme para que no me pillaran.

—Bribon! Sabe Dios lo que habrás hecho!

—Ahí está Carasa que me ayudó a escapar y podrá decirlo.

—Carlos, si fracasó la cosa es porque hubo traidores.

—No lo creas; lo que había era mucho miedo.

—Carlos, desengáñate, nos han vendido!

—¿Cá! no nos han vendido porque no hay quien nos quiera comprar.

Y la señora Margarita dejó correr el llanto, más que correr un corredor de número.

El rey se quitó las espuelas, se limpió el sudor, dirigió los ojos al cielo y exclamó:

—¡Dios mío, que un rey como yo, legítimo, con la marca y rúbrica del fabricante, para evitar falsificaciones, se vea como yo me veo!

Don Carlos se veía en aquel momento en un espejo roto que le hacía la nariz partida.

Margarita apoyaba la barbilla en la mano y sacó, para que se viera un poco más, el pie izquierdo; todo con objeto de llamar la atención de su marido y hacerle caer en la cuenta de que antes que *reina* era mujer, que tenía su alma en su armario.

El mancebo estaba tan preocupado que no observó la impaciencia de su mujer, ni le vio la puntita del pie. ¡Si llega a vérsela!

Desde algunos meses antes don Carlos no veía más que las orejas del lobo; ¿qué extraño era que un pie diminuto pasara desapercibido....?

Margarita hizo tres pucheros, sin ser alfarera, y recobró su dignidad de reina.

En seguida dispuso los festejos consiguientes para celebrar el hallazgo del rey, y en toda la casa reinó el júbilo.

El cocinero, la lavandera y una prima del portero repicaban con almireces.

En medio de la sala levantaron un arco de triunfo con los catres, la mesa de la cocina y los miriñaques de Margarita.

En un pliego de papel, pegado con pan mascado, se leía: "¡Viva el rey invicto que se perdió y volvió a aparecer por un acto de su voluntad soberana!"

Margarita pasaba y repasaba por debajo del arco, gritando —¡Viva mi marido!

Y éste, grave, severo, con toda la cara de un rey de mentirijillas, se puso unas enaguas de su mujer por manto, cogió una escoba por cetro, y se presentó a sus entusiasmados criados, que lo victorearon y hasta le arrojaron castañas, nueces, huesos de aguacate y otros agasajos propios de su alcurnia elevada.

Don Carlos dio un manifiesto, que aparte de muchos disgustos, es lo único que puede dar.

"Vasallos, (decía) ya he parecido. Me perdí de tal modo, que ni yo mismo podía encontrarme; pero al fin, gracias a la Providencia y a un anuncio que puse en el diario, he conseguido hallarme. Pero como al que encuentra es preciso darle el hallazgo, tened la bondad de mandarme unas cuantas onzas para quedar bien, y recompensar mi constancia en buscar al niño perdido!"

Así acabó su discurso; y al mismo tiempo se derrumbó el arco de triunfo, rompiéndole una pata a la lavandera, que salió dando alaridos.

—Tú serás la fundadora de mi cuartel de inválidos, le dijo don Carlos, y continuó paseando en triunfo.

Ya pareció el niño perdido! ya pareció! Pero aunque pareció, todo el mundo dice que está más *perdido* que antes.

JUAN DE AUSTRIA.

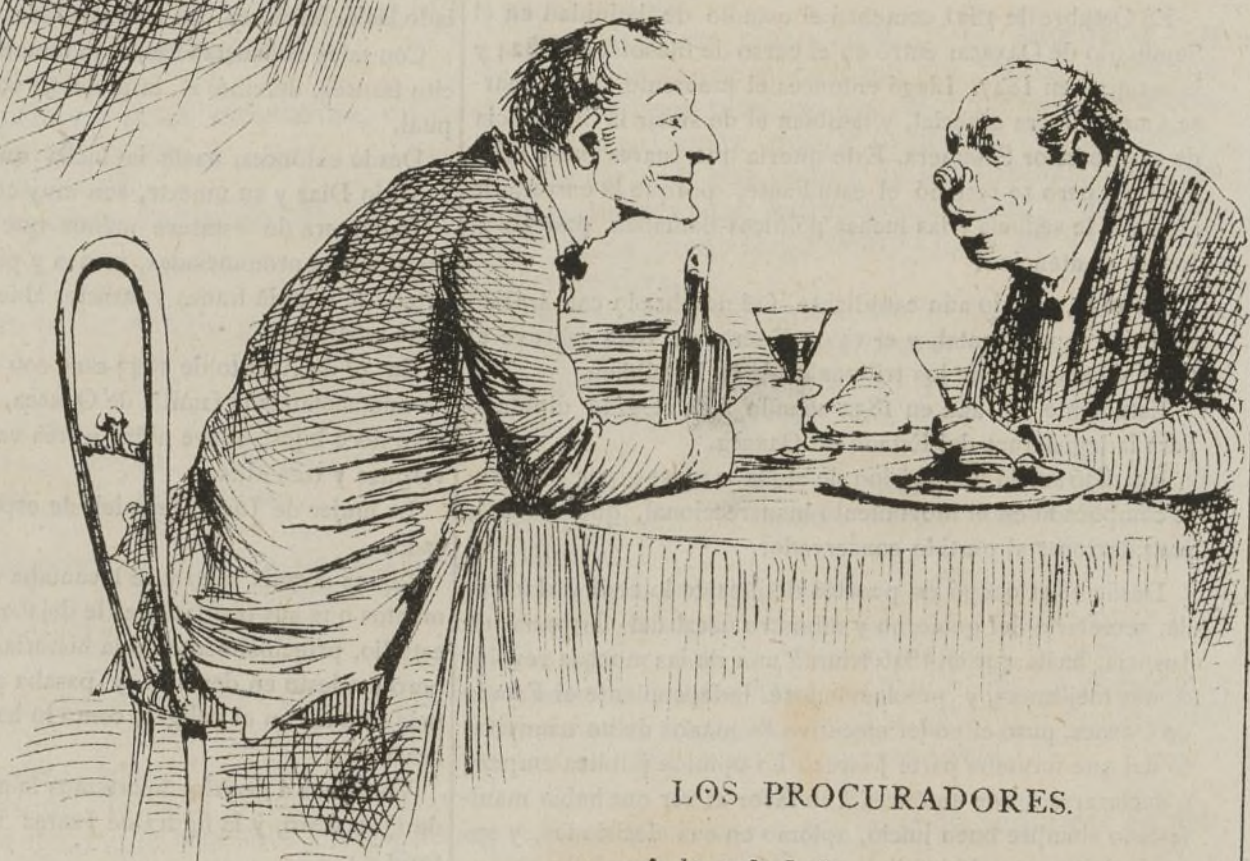


RESUMEN DE TODOS LOS PLEITOS.



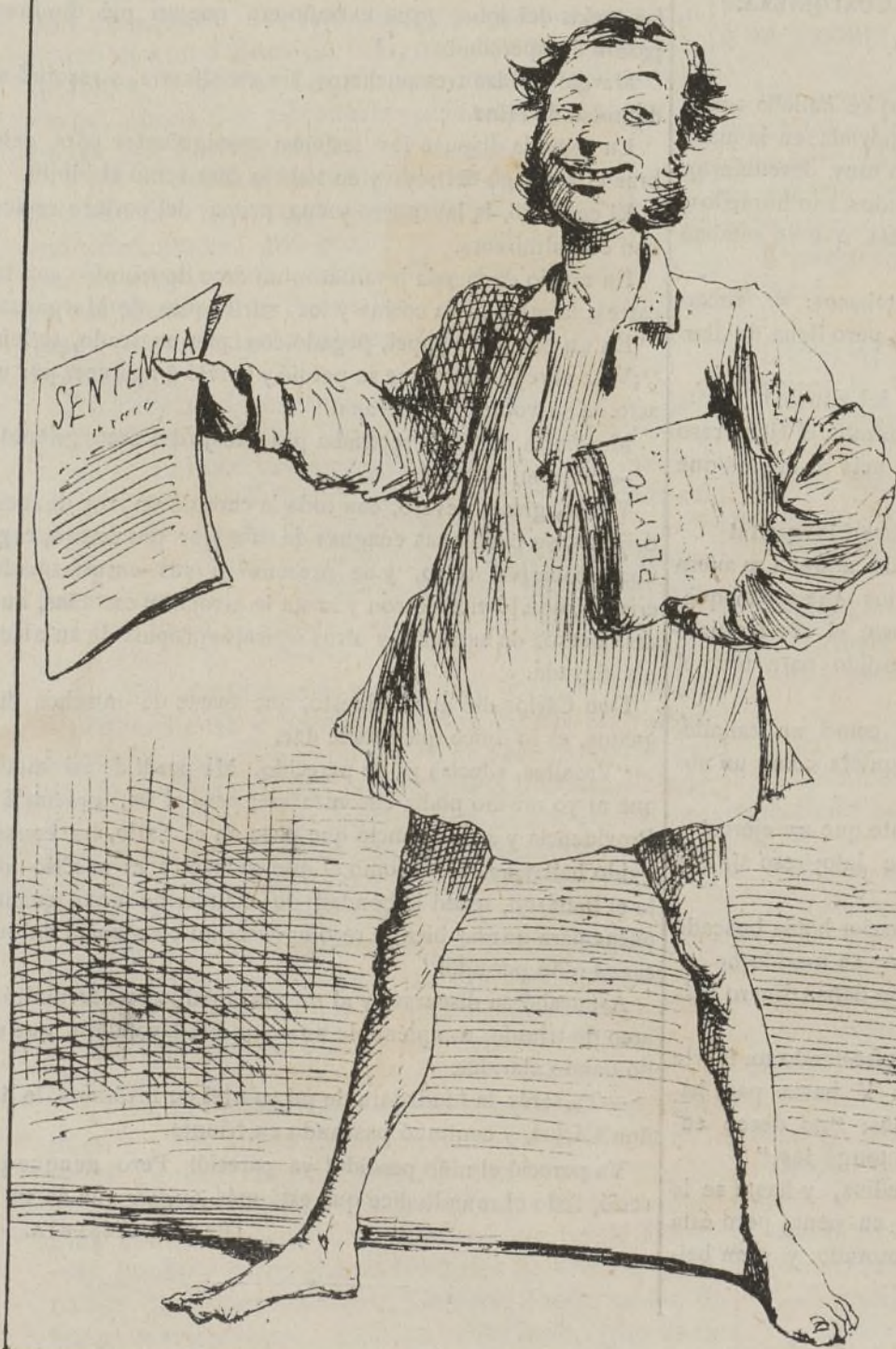
LOS ABOGADOS DE AMBAS PARTES.

—Licenciado, ha estado usted admirable!  
—Y usted compañero? oh! contundente!



LOS PROCURADORES.

—A la salud de nuestros clientes!



El que gana.

LAS PARTES LITIGANTES.



El que pierde



LOS TABACOS DE A REAL.



Compro un cajon de á 100 pesos millar.



Enciendo una breva con delicia.



Siento los primeros sin'omas.



Y hé aquí el fin que les espera al paso que vá el tabaco á los fumadores de la Habana.

Litografia Mercantil é Imprenta, O'Reilly 27



## EPISTOLAS A "JUAN PALOMO."

NEWPORT, 23 DE JULIO.

Hace tiempo que deseaba irme de este pueblo, donde no se hace otra cosa que tomar baños de agua salada, jugar al croquet y fastidiarse de lo lindo; pero el deseo de ver en qué paraba la cuestión del *Pioneer* me ha detenido aquí más de lo que yo presumía.

Y al fin y al cabo ya estoy viendo que tendré que irme sin poderle dar ninguna noticia satisfactoria.

El *Pioneer* me parece ni más ni menos que una niña bonita: todos se disputan por poseerla.

El capitán del *Moccasin* no lo pierde de vista y lo ronda como gato que espera coger una piltrafa.

El Administrador de la Aduana se ha declarado tutor de la niña y procura ahuyentar á todos los pretendientes.

Estos son varios, á saber:

El capitán pirata F. L. Norton, que en nombre de la República mitológica, ha protestado contra el apresamiento del *Pioneer* y exige su devolución.

El ministro de España, que tiene la descabellada pretensión de que el *Pioneer* no es un buque de guerra, sino un pirata á todo ruego, como si un contra-almirante de la Armada española supiese nada de éstos achaques.

Los señores James E. Ward y Compañía, que alegan el fútil pretexto de que han prestado dos mil toletes sobre el *Pioneer*, y ahora me lo embargan, como si fuese algún delito no devolver el dinero prestado. ¡Apénas se necesitarían cárceles si tuviesen que meterse en chirón á todos los que han negociado empréstitos al estilo cubano-insurrector!

El Marshal de los Estados Unidos en éste Distrito, el cual se toma más interés del que debiera por su amo y señor, el Attorney General, ó como si dijéramos, el Ministro de Gracia y Justicia, á quien representa.

El Secretario de Hacienda, porque dice que el *Pioneer* ha cometido una violación de las leyes fiscales, al bautizarse de nuevo, sin hacerle á él padrino, y en nombre del Padre [de Cuba libre], del hijo [del rey Wamba] y del Espíritu [de Aguilera].

El Secretario de Estado, porque tiene barruntos, y nada más que barruntos, de que el *Pioneer* ha violado las leyes internacionales.

El Attorney General, porque se le figura que el *Pioneer* ha violado las leyes del país, y porque además el Secretario de Hacienda y el de Estado le han consultado si el *Pioneer* ha faltado á las leyes fiscales é internacionales.

Resulta que el *Pioneer* se parece ahora á don Juan Tenorio, puesto que ha cometido todas las violaciones que ha podido.

Me dá en la nariz que el *Pioneer* va á salir en breve muy campante por estos mares como si tal cosa, y no creas, JUAN PALOMO, que lo digo así al buen tun, tun; sino fundado en razones sólidas y de peso.

Hemos visto que el *Pioneer* tiene sobre sí una infinidad de cargos: es decir, que el *Pioneer* es un gran delincuente.

Esto es una verdad como un puño. Pues ahí van los dos términos restantes del silogismo.

Es así que en los Estados Unidos los grandes delincuentes gozan de la mayor impunidad, ergo el *Pioneer* será absuelto de sus cargos.

Y que no venga nadie á negarme la menor razón, mientras Mr. Sickles esté de ministro en España.

Sucedid una vez (hace de esto mucho tiempo) que fué procesado un hombre por estar casado con tres mujeres.

Todavía no se había inventado el mormonismo.

Las leyes de los Estados Unidos castigaban entónces el delito de bigamia; pero no decían una palabra respecto de la poligamia.

A aquel hombre no podía aplicársele la pena impuesta á los casados con dos mujeres por la sencilla razón de que estaba casado con tres.

Así pensó el juez americano.

En otro país se hubiera fallado del modo siguiente:

Cuando el acusado se casó con la tercera mujer es evidente que tenía dos esposas: es decir, que había cometido el delito de bigamia. Pues aplíquesele la pena consiguiente, y además otra por haber reincidido en el delito.

Pero aquí no fué así.

El juez americano dió este fallo.

"Supuesto que las leyes desconocen la poligamia como un delito, éste hombre es inocente y queda absuelto."

Y verás como pasará lo mismo con el *Pioneer*.

"Supuesto que las leyes no determinan la pena que debe imponerse á un buque que ha cometido á la vez una estafa, una violación de las leyes de Aduana, otra de las de neutralidad, otra de los tratados internacionales, y es además un pirata por sus cuatro costados, queda absuelto el *Pioneer* de todos sus cargos."

Y gritarán los laborantes: "¡Viva la Libertad! ¡Viva la República Modelo!"

Porque los Estados Unidos son un modelo de extravagancias.

Aquí pasan cosas increíbles.

¿Creerías tú, por ejemplo, que el capitán del pirata *Pioneer* tuviese valor para ir á Washington á visitar al Secretario de

Estado, vestido de uniforme de oficial de marina de Cuba libre?

Me dirás que sí, que á un filibustero lo crees capaz de cualquiera cosa, sobre todo, despues de haber visitado á Panchito Aguilera.

Concedido, pero ¿creerías tú capaz al Secretario de Estado de recibir á ese pirata y tratarlo de caballero?

¿A que nó?

Pues esto es precisamente lo que ha sucedido.

Mr. Fish ha estado departiendo agradablemente con Mr. Norton, vestido éste de oficial de marina de Cuba libre.

Esa entrevista merece entallarse en piedras y esculpirse en bronce para que pueda saborearla la posteridad.

Héla aquí:



¿No ven ustedes con cuánta amabilidad el Ministro de Estado recibe al capitán pirata, vestido éste con el uniforme de oficial de marina de la República funámbula?

¿No ven ustedes cómo le ofrece un polvo?

¡O tempora! ¡O mores!

Pasado mañana salgo para Nueva York, adonde me llaman algunos asuntos de importancia.

Tuyo hasta el próximo número

JOHN BULL.

## LA RUEDA DE LA FORTUNA.

Entre las educandas del colegio de huérfanas de militares, fundado en Ecouen por Napoleon I, y dirigido por Mme. Campau, distinguióse tres hermosas jóvenes, las más bellas, las más simpáticas y las que más unidas estaban por los dulces lazos de una amistad sincera y desinteresada.

Estas tres amigas se llamaban María, Clara y Hortensia. Educadas en las ideas reinantes en aquella época, en que se proclamaban incesantemente los principios de igualdad y fraternidad, no se hacía en el colegio de Mme. Campau la menor distinción de clase, y la fraternidad que allí reinaba era para causar envidia á los más acrisolados republicanos.

María era hija de un alférez, ciego de una descarga en las orillas del Rhin; Clara, hija de un general, que Napoleon había convertido en príncipe; y Hortensia, hija también de otro general tan ilustre por su valor como por los títulos y timbres de su familia.

En la época de los premios anuales, las tres amigas estaban siempre seguras de ser llamadas las primeras para recibir la corona, dando con esto su amistad mayor envidia á las que no podían igualarlas ni en inteligencia ni en sentimientos.

La amistad de las tres alumnas se aumentaba con los años, y el día en que una de ellas se vió obligada á dejar el colegio, fué el día más amargo que vieron lucir las jóvenes pensionistas bajo los frondosos tilos de Ecouen.

La que salía era María, la más pobre, la hija del alférez ciego, que iba á consagrar su vida al cuidado del pobre enfermo, que se había quedado viudo.

—Juremos, exclamó Clara, tomando la mano á cada una de sus dos amigas, que sea cualquiera nuestro destino, nos reuniremos dentro de diez años en la verja de las Tullerías.

—Lo juro, respondió la tímida Hortensia sonriendo á sus amigas con la dulzura de un ángel; diez años á contar desde este momento.... ¿lo cumplireis?

—Pues qué, ¿te atreves á dudar, Hortensia? exclamaron á la vez sus dos compañeras.

Pero Hortensia, por toda respuesta, llamó á uno de los jardineros que cruzaban el jardín.

—Jorge, le dijo con solemnidad; ven á ser testigo de esta sencilla promesa. María, Clara y yo hemos prometido encontrarnos de hoy en diez años, á las seis de la tarde, en la verja de las Tullerías.

María salió aquel mismo día de Ecouen, y Clara dos meses despues para casarse, permaneciendo Hortensia casi otro año en compañía de Mad. Campau.

Diez años son un soplo para los dichosos; y si Clara, esposa de uno de los banqueros más acaudalados de Europa, se lanzó al revuelto mar de los goces materiales, del lujo y el despilfarro sin freno ni medida, Hortensia, la ilustre dama, la protegida del Emperador, no veía en derredor suyo más que esclavos que se esforzaban en adivinar su voluntad.

Los diez años se pasaron al fin: el reloj de las Tullerías dió las seis, y no se divisaba en la verja una sola persona. ¿Quién fía ya en la amistad?

Pero el camino se cubre de polvo; un magnífico carruaje, arrastrado por cuatro caballos, entra en la verja; y el lacayo, desplegando un estribo guarnecido de oro, aguarda que baje una graciosa joven, ricamente vestida, que vá mirando á todas partes con inquietud.

Aquella gran señora era María; María, á la que la restauración había devuelto los bienes que la revolución le quitara.

Una mujer aseada, pero que revelaba en su traje una de corosa miseria, se acerca á María, y despues de contemplarla algunos momentos con indecision, se arroja en sus brazos, derramando un torrente de lágrimas.

Era Clara.

Clara, la hija del príncipe, se encontraba arruinada hasta la miseria. Su marido, despues de una vergonzosa quiebra, se había fugado á Inglaterra, dejándola completamente abandonada.

—Ven, la dijo María, estrechándola tiernamente contra su corazón; no me abandones jamás; en el colegio tú eras la rica y me amabas; ahora me toca á mí recordarte la fraternidad de Ecouen.

—¿Y Hortensia? exclamaron á la vez las dos amigas.

—¿Sabes lo que ha sido de ella? preguntó María exhalando un suspiro.

—¿Sabes lo que es ahora? añadió Clara, dejando correr una lágrima de sus hermosos ojos.

En aquellos diez años, María se había hecho rica, Clara no tenía un pedazo de pan que llevar á la boca, y Hortensia lloraba en Alemania su penoso destierro.

En el momento en que las dos amigas se disponían á subir al carruaje, salió de entre los árboles del jardín, el anciano Jorge, testigo diez años ántes del amistoso juramento de las tres pensionistas.

—Señorita María, señorita Clara! les dijo con la misma familiaridad que si se encontrasen todavía en el colegio; aquí tenéis el recuerdo de vuestra pobre amiga.

Las dos jóvenes abrieron apresuradamente la cajita que había puesto en las manos de ambas el anciano jardinero Jorge.

En la caja de María se encontraba la mitad de la corona de Hortensia, reina de Holanda y madre de Napoleon III, emperador de los franceses. Clara abrió también la suya y encontró en ella la otra mitad.

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

## CUENTOS DE MANIGUA.

CUENTO QUINTO.

EL CHAVAILLO.

XXIV.

La noche había tendido su negro manto sobre el pobre caserío de Nuevitas, y mientras sus habitantes roncaban tranquilos, abríase la puerta del cuartel para dejar salir las compañías del batallón de voluntarios andaluces, recién llegadas al pueblo, llevando su jefe á la cabeza. ¿Adónde iban aquellos expedicionarios á hora tan intempestiva? Sólo el coronel lo sabía, pues los oficiales y los soldados no tenían más órdenes que seguir al que los mandaba y pelear cuando llegara el momento; y aunque la tropa en Cuba estaba acostumbrada á caminar de noche para evitar en lo posible los rigores del sol, no era preciso ser muy perspicaz para comprender que aquella salida tenía por objeto sorprender al enemigo en alguno de sus campamentos, que entónces se levantaban casi á las puertas de las poblaciones, porque los insurrectos tenían por suyo todo el campo.

Como la manigua puede decirse que se mete atrevida dentro de Nuevitas, las compañías marchaban en columna, llevando sus correspondientes flanqueadores para prevenirse contra toda sorpresa; los andaluces, soldados bisoños, en su mayor parte, no habían oído la pólvora todavía, y aunque manifestaban el recelo natural de la inexperiencia, bien demostraban en sus semblantes que ardían en deseos de estrenar sus armas, rompiendo el fuego contra los enemigos de España.

Víctor Guillen era valiente é iba resuelto á no quedarse atrás, pero miraba sin cesar á derecha é izquierda, creyendo á cada momento que por entre las espesísimas maniguas veía brillar dos ojos y el cañón de un arma. El amor á la vida es tan natural, que los hombres más valientes no quieren perderla, y tienen miedo, no al combate en campo abierto, sino á la asechanza, que mata sin gloria y sin defensa.

El capitán Domínguez, militar aguerrido, conocía la gente que llevaba, y aunque tenía confianza en su valor, iba animándolos para inspirarles la seguridad del triunfo; al pasar por delante de Víctor, se sonrió, y señalándole las ramas, á la derecha del camino, le dijo:

—Aquí no hay más que tener esperanza en Dios; cada árbol es un parapeto donde puede esconderse un enemigo cauteloso y herirnos á traición; pero estos galgos de la manigua, que viven como las fieras en las selvas, no saben que á semejante hora habíamos de pasar por estos sitios.

—¿Adónde vamos, capitán?

—No lo sé; adonde nos lleven.

—Pues ¿quién lo sabe? preguntó el voluntario muy sorprendido.

—Quien debe saberlo: el coronel y el práctico que nos guía por estos lugares endemoniados.

—¿De manera que no tenemos el consuelo de contar los pasos que nos faltan?

—Así se anda mejor, porque cada paso cree uno que es el último. Ya nos avisarán ó la voz de ¡alto! de los jefes del batallón ó el enemigo que nos corte el camino.

—Deseo que comience la fiesta, capitán.



—Sin embargo, Guillen, me parece que mira usted demasiado hacia las maniguas.

—¡Cáspita! ¡como mira cada prójimo la viga que tiene sobre su cabeza cuando se siente el terremoto!

—¡No hay que temer! Estoy seguro de que llegaremos al sitio adonde vamos sin que los enemigos se aperciban de nuestra misteriosa expedición.

La última sílaba casi se ahogó en los labios del capitán Domínguez, pues se oyó una detonación, y un voluntario que iba delante de Víctor Guillen cayó, exhalando un ¡ay! lastimero, que era la última exclamación que había de salir de su pecho, atravesado por una bala traidora. Armóse entre la gente la confusión, producida por la sorpresa en algunos y por la indignación en todos. El coronel dió la voz de ¡alto! mandando que nadie se moviera de su puesto; pero ya un hombre, obedeciendo á un arranque impetuoso de su carácter, se había lanzado dentro de las maniguas, sin considerar el peligro que en su temeridad corría: era Víctor Guillen.

El bravo jerezano separaba los matorrales para abrirse paso, en un momento en que la luna asomaba su brillante rostro, oculto hasta entonces, para hacer más crítica su situación; tres hombres escondidos en la maleza divisaron al voluntario é hicieron fuego sobre él; una bala atravesó el jipijapa de Guillen, y los otros dos proyectiles se perdieron en el espacio; Dios velaba por él; los insurrectos creyeron sin duda que la tropa los perseguía y dieron á correr; pero Víctor era gran cazador y disparó su fusil, rompiendo una pierna al primero que había tirado, en el momento que ponía el pie en el estribo para montar á caballo.

Varios soldados, á la voz del capitán Domínguez, que había echado de menos á Víctor, se habían lanzado en su busca; lo divisaron cuando apoyaba la punta de la bayoneta en el cuello del herido, y entonces corrieron á su lado, llamándole la atención para que no acabara con el rebelde.

—¡Este hombre es mío! dijo Guillen. ¡Nadie se acerque!

—¡Alto! gritó el capitán.

—¡Es el asesino de nuestro hermano! contestó Víctor poniéndole la rodilla sobre el pecho.

—¡Mátense ustedes! exclamó el joven, echando espuma por la boca.

—Cogello prisionero, dijo Domínguez, y respetemos su vida, que ese hombre puede convenirnos.

Los soldados condujeron al herido al camino; allí, el coronel le hizo varias preguntas, á que se negó obstinadamente á contestar, y habiendo confesado que había sido él quien disparó contra la columna, se le fusiló en el acto.

Al ponerse la tropa en marcha, el capitán Domínguez cogió de la mano á Víctor, y presentándolo al coronel, le dijo:

—Este mozo fué el que entró en la manigua, sólo; el que hirió al rebelde y le hizo prisionero. Lo recomiendo á V. S., mi coronel, porque es voluntario de mi compañía, y ha acreditado que es un valiente.

—¡Venga esa mano! dijo el jefe del batallón. Mucho debo esperar de quien empieza sus funciones de armas de una manera tan brillante.

—Mi coronel, cumplí con mi deber, vengando al mismo tiempo á uno de mis hermanos sacrificado á la infame traición.

—Ha merecido usted bien de la patria, cabo Guillen.

—¿Cabo?

—Ha ganado usted sus galones.

—Gracias, mi coronel. Procuraré hacerme digno de la distinción con que V. S. me honra.

—¡En marcha! dijo el jefe del batallón.

Y la columna siguió por el camino, dejando debajo de tierra á uno de sus compañeros; aquella tierra fué regada con lágrimas; y los andaluces juraron allí solemnemente vengar aquella sangre derramada por el traidor, que quedó tendido, insepulto, para que fuera pasto de las auras tóxicas.

La sorpresa se había hecho imposible desde el momento en que los tiros habían producido la alarma en el campo enemigo, y mucho más teniendo en cuenta que los rebeldes que habían huido entre la manigua debían apresurarse á correr para llevar á su gente el aviso de la aproximación de tropas. Así lo comprendió el coronel, y marchaba muy sobre aviso temiendo una emboscada; prudente hubiera sido retirarse, pero era hombre de corazón esforzadísimo, y prefirió perecer en la demanda á aparecer pusilánime ante la fuerza que conducía.

Por fortuna, estaba escrito que los voluntarios andaluces habían de alcanzar aquel día una victoria para inaugurar sus servicios en la campaña de Cuba, y así, cuando una hora después dieron vista á la finca donde estaba formado el campamento que iban á atacar, pudieron convencerse de que no sólo estaban allí los rebeldes que defendían la trinchera, sino los de otras puntos cercanos, que habían acudido á ampararlos.

El fuego se rompió desde la trinchera, causando la primera descarga algunas bajas en las filas de los voluntarios, pero el coronel mandó atacar á la bayoneta, y cuando los soldados pusieron el pie dentro de aquella, ya los insurrectos huían en dispersión; pero aún pudieron dar alcance á algunos, que dejaron en el campo tendidos sus cuerpos, con sus correspondientes *cadáveres*, como dijo el conductor de un carro de muertos, en tiempo de una epidemia, al designar los que llevaban al cementerio.

El bautismo de sangre fué glorioso para los hijos de Andalucía, que tuvieron una vez más ocasión de distinguirse y de acreditar que mienten los poetas que se empeñan en presentar en escena la caricatura del miedo simbolizada siempre en un andaluz *bocon*; la historia les hace justicia, y como corre por mis venas la sangre del Mediodía de España, no deben extrañar mis lectores este desahogo, que me permito para salir á la defensa de los que miro como hermanos.

Los galones de cabo fueron un estímulo para Víctor Guillen, que peleó con una bravura heroica, llamando la atención no sólo del capitán Domínguez, que le profesaba entrañable cariño, sino del coronel, que le anunció de nuevo que en la milicia llegaría lejos.

Víctor no cabía en sí de gozo y sentía que los insurgentes no atacaran al ingenio para volver á batirse; había olido la sangre, y sentía deseos de pelear; en aquel instante se acordó de sus padres, que leerían en Jerez su comportamiento en aquel hecho de armas, pues los cronistas no podrían ocultar su nombre por el papel que había representado; se acordó de Consuelo Vargas, y dió un suspiro, pensando en que aquella mujer acaso le odiaría ya por la conducta que había observado con ella; y ¿para qué ocultarlo? pensó también en Javier Salcedo, llenándose de orgullo al considerar que cuando volviera á Nuevitas, vería ella lucir en las mangas de su uniforme un distintivo conquistado con su valor. ¡La pícaro vanidad ofrecía hacer de aquel simple voluntario un héroe!

El coronel se posesionó de la finca, dió en ella descanso á su fuerza todo el día, y después de inutilizar cuanto podía servir á sus enemigos, emprendió aquella noche la marcha para la vuelta á Nuevitas. La luna, esa luna de Cuba que desafía al sol con su claridad, lo acompañó toda la noche, haciendo más difíciles las emboscadas de los enemigos, que necesitan de la protección de las sombras, como todo lo que es criminal; y al amanecer entraron en el pueblo, donde esperaban á los animosos andaluces para recibirlos entre aclamaciones.

Al pasar la tropa por la Marina, las casas estaban ya abiertas; y en la ventana se destacaba la hermosa figura de Javier Salcedo, que ahogó un grito de satisfacción al ver á Víctor Guillen. Y este le envió un saludo con los ojos que penetraron hasta el corazón de la joven, anunciándole la victoria y la conservación de su amor.

(Continuad.)

JUAN SIN-TIERRA.

#### UNA SOIRÉE EN MARIANAO.

Para las nueve de la noche del miércoles último tenían citadas los marqueses de Almendares á muchas personas de la mejor sociedad de la Habana, en su quinta de Marianao.

Una fiesta nocturna en el pintoresco pueblo del Pocito, tenía que ser agradable: preparada además en la preciosa quinta de Almendares, tenía que ser encantadora; dispuesta por personas de tan buen gusto y tan espléndidas, debía ser elegante y suntuosa.

Por eso acudieron á la cita los convidados todos, con escasas excepciones que la fatalidad impuso, y á las diez de la noche llenaba los salones, galerías y jardines de la bellísima residencia de verano de los señores de Almendares una compacta, alegre, bulliciosa y distinguida concurrencia.

El golpe de vista que presentaba la quinta era encantador. Los jardines, iluminados á giorno; la linda casa destacándose entre el verde ramaje de los jardines; las galerías ó *colgadisos* cuajados de gente, que disfrutaba una temperatura deliciosa y una comodidad irremplazable; torrentes de luz saliendo por todos los balcones y puertas del edificio; salones lujosos y elegantemente alhajados.

Este era el conjunto; si entrásemos en detalles, se haría muy larga esta reseña.

Empezó la velada por un vistoso castillo de fuegos artificiales, que se disparó frente á la fachada principal del edificio. La concurrencia presenció las agradables combinaciones de luces y juegos pirotécnicos desde la galería de entrada, y cuando el último volador se había perdido en el espacio y la última luz de bengala se había extinguido, pasó á los salones y empezó el baile.

La parte sesuda de la reunión, los hombres graves—y empiezo por ellos, aunque me tachen de impolítico—discurrían por los corredores, se arrellenaban cómodamente en el salón de fumar ó hacían los honores á un delicioso ponche, por hábil mano confeccionado.

Las damas, que por su estado no se entregan al baile, á no ser en un diplomático y serio rigodon; ese grupo de mujeres encantadoras que forma el contraste, necesario para que el cuadro sea completo, con el otro grupo bullicioso que sale, entra, baila, ríe y enamora, ocupaban su puesto de honor, embelleciendo el panorama y en disposición de ser admiradas, aunque ellas aparentan no saber que se las admira.

El elemento joven, el que todo lo fia á los placeres del baile, lucha sus gracias en el vals y la danza, ó contraía nuevos compromisos para las siguientes piezas bailables en los cortos instantes que dejaban de descanso las dos magníficas orquestas.

Yo desearía, y era mi obligación de cronista hacerlo así

citar las personas que componían aquella numerosa y elegante reunión; pero la desconfianza que tengo en mi memoria me retrae de llevar á cabo esta empresa, que podría atraerme el enojo de alguna dama al ver eliminado su nombre, cuando quizá fuese de las que más derecho tuviera á ser elogiada.

Me limitaré á decir que todas competían en buen gusto y elegancia, y que no se sabía qué admirar más, si la belleza de los trajes ó la riqueza de las joyas. Era un conjunto encantador de encajes y pedrería.

Todas ostentaban sus mejoras galas, para honrar, sin duda, á los nobles anfitriones, ó para hacer una *manifestación*—como ahora se dice y está en moda—de lujo, gracia, elegancia y opulencia.

Desde las primeras horas de la noche se sirvieron sin cesar en los salones helados y dulces, y á la una se abrió el espléndido *buffet* en el precioso comedor de la quinta.

Cinco ó seis veces se cubrió de nuevo la mesa con riquísimos manjares, y todos los concurrentes tomaron parte en una cena suculenta y delicada.

A las cuatro, cuando el día empezaba ya á aclarar, aún se bailaba en los salones de los marqueses de Almendares: esto prueba lo grata que fué la velada á los concurrentes.

Estos se retiraron lamentando que hubiera sido tan breve el tiempo.

Omito, por innecesaria, aquella frase tan de cajón: “los dueños de la casa hicieron los honores....” etcétera.

Los marqueses de Almendares son muy conocidos de toda la sociedad habanera, y basta citar su nombre para que todo el mundo comprenda que hubo distinción, finura, buen tono, galantería, amabilidad y atenciones para todos los que asistieron á la fiesta.

Nuestra primera autoridad y su digna esposa permanecieron en el baile hasta hora muy avanzada de la noche.

Y aquí dejo por terminado mi trabajo, convencido de que con mi estilo vulgar no habré logrado dar á mis lectores ni una ligera idea de tan encantadora función.

JUAN PARTICULAR.

#### SARTENAZOS.

JUAN PALOMO tiene ofrecido á sus suscritores una lámina de regalo.

Lo ofrecido es deuda, y á estas horas se está ya confeccionando en la acreditada litografía del Sr. Arranz un magnífico dibujo al cromo, que siendo obra de este notable artista, tiene por fuerza que llamar la atención.

De manera, que dentro de poco, los suscritores del más sandunguero de los JUANES, podrán adornar su gabinete con un cuadro de *misto*.

Con que, caballeros, vayáanse ustedes suscribiendo, los que no lo estén, para tener derecho á tan precioso regalo.

Miren ustedes que no hay nada más feo que leer los periódicos de gorra, y que un semanario tan bonito y tan barato como JUAN PALOMO vale la pena de aflojar la mosca.

Esto lo digo sin que sea alabanza, pues aun tengo abuela para que me alabe.

El comandante del *Pioneer* se ha presentado á Mr. Fish con el uniforme de la marina cubana.

Ahora les explicaré á ustedes cómo es ese uniforme.

Gorra de pelo, camisa por *de fuera* con una escarapela en el faldon, calzoncillos de color de café, ligas encarnadas, pero sin medias, y un panecillo con manteca en el bolsillo.

Los jefes de alta graduación llevan una cataplasma de linaza en la boca del estómago.

Sentimos, porque debe ser de lo más peregrino y curioso en extremo, no haber recibido el número de la insurrecta *Revolucion* de Nueva York á que se contrae *El Cronista* en el siguiente suelto:

“Dice *La Revolucion* que ignoraba muchas de las ventajas obtenidas por los facciosos de Cuba y sus amigos, hasta que el corresponsal de *La Epoca* en la Habana les refirió á dicho periódico. No puede darse mayor rasgo de candor, ni una confesión más palmaria de la falsedad de las noticias. Y en efecto: ¿cómo había de saber *La Revolucion* de Nueva York que el *Edgard Stewart* había desembarcado en Cuba su expedición y su cargamento con la mayor felicidad, que había 3,000 soldados desertores del ejército español en la manigua, que de una columna de 1,000 hombres nadie sabía una palabra desde hacia algunos meses, y otras cosas tan absurdas como las que acabamos de citar, que á *La Epoca* de Madrid le han relatado?”.....

Resulta ahora que Mr. Sickles no dimite.

Por lo ligero que es para ir á Madrid y lo rehacio que se manifiesta para regresar, parece materialmente que sólo sea cojo para la vuelta y tenga las piernas útiles para la ida.

¡Qué demonche! yo creí que Sickles era cojo por detrás y por delante.

S. M. el rey de Araucania, queriendo dar una prueba de que empieza á democratizarse, según el uso del día, acaba de casarse en Londres con una ribeteadora de zapatos.

S. M. la reina lo ha entendido; para dejar de ser zapatera, se ha marchado á un país donde todo el mundo anda descalzo.



Vamos á hacer una pregunta á la Empresa del ferro-carril urbano de esta ciudad.

¿Es cierto que existe la prohibicion de dar cambio á los pasajeros, aunque éste no exceda de cuatro ó seis reales y sea un billete de á peso el que se desea cambiar?

Lo preguntamos, porque al jefe de una familia que quiso pagar con un billete de los más pequeños el importe del pasaje de los que le acompañaban, rehusó el conductor dar vuelto exiguo, alegando que la Empresa se lo tenía prohibido.

Comprendemos que no se cambie un billete para cobrar dos ó tres reales; pero, hombre, por media docena ó más de ellos, me parece que no debía existir dificultad, máxime cobrándose tantos realitos al día.

En todas partes, en todos los negocios, la mayor cantidad vence á la menor; por tanto, debe dar plata ú oro el que menos cantidad de metálico tenga que entregar.

Ahora, si la empresa del Urbano cree otra cosa, nada hemos dicho.

#### EL RATERO.

(COUP DE CRAYON.)

Al moralista Claudio,  
ved: un ratero  
le saca del bolsillo  
blanco pañuelo,  
“¡Ladron! ¡Tunante!...”  
—“¡Señor... no me denuncie!...”  
“me muero de hambre!...”

El moralista calla,  
medita un rato,  
se guarda su pañuelo,  
Le dá dos cuartos.  
Y en el camino  
dice: “Lo que es con hambre  
yo hago lo mismo.”

El mismo día que el presente número de JUAN PALOMO, se publicará el primero del *Boletín de los Voluntarios*, periódico que viene á satisfacer una necesidad que se hacía sentir, dada la reconocida importancia de la noble Institución á cuyos intereses se consagra. Nos consta que el *Boletín* ha obtenido un entusiasta apoyo entre los señores jefes, oficiales y voluntarios, que le han concedido su valiosa protección.

Era de justicia, y nos alegramos sinceramente de ello.

Se dan ustedes por vencidos?

Pues allá va la

SOLUCION AL GEROGLIFICO RETRUECANO DEL NUM. 29.

*Al revés y al derecho  
dicen lo mismo  
doce pares y medio  
de letras fijas,  
y está tan claro  
esto, que hasta entre niños  
está olvidado.*

Lo cual viene á ser aquella tan conocida frase, que lo mismo se lee al derecho que al revés: *Dáble arroz á la zorra el abad.*

Nadie lo ha acertado. Los ofendidos que se entiendan con don Francisco de P. Roca.

¡Lo que es el destino!

El mes de Agosto de este año encuentra muerto á Benito Juárez.

Muerto también al general Prim.

Procesado por lo de Metz á Bazaine.

A Napoleon III en la emigración.

Y á Felicia escribiendo folletines en loor de la señora de Tondo.

¡Cuánta mudanza!

En *La Propaganda Literaria* se halla de venta el bonito vals titulado: *El suspiro de Elisa*, compuesto por don José Roqué, y arreglado para piano por el profesor señor Trias, al módico precio de 25 centavos el ejemplar.

Aviso á los aficionados.

¡Bravo!

Dice un periódico que Tamberlick se propone presentar en la escena de Tacon la ópera española *Don Fernando el Emplazado*.

Me gusta y me pirro por todo lo que sea español!

Pero, por Dios, que ajusten otras coristas *hembras*, porque las del año último tienen la cara demasiado fea para cantar en español!

Hoy insertamos un precioso artículo que nos ha remitido la distinguida escritora doña Robustiana Armiño de Cuesta.

JUAN PALOMO cree proporcionar á sus suscritores un buen rato con la lectura de ese artículo.

En Guanabacoa se ha abierto un bazar para continuar las obras de la cárcel.

—Que dá V. para el bazar de la cárcel? le preguntaban á uno la otra noche.

—¿Es para la cárcel?

—Sí, señor.

—Pues para la cárcel mandaré á mi patrona, que me cobra caro y me sisa los garbanzos.

El censo de la población de París dá lugar á mil escenas cómicas, según puede verse en el teatro del Palais-Royal.

Pero aún queda que espigar para el gacetillero. Y si nó, ahí vá esa escena que pasa en el barrio de Nuestra Señora de Loreto.

Preséntase el empadronador en casa de una dama joven y linda, quien le recibe teniendo de la mano á una preciosa niña de tres años.

—Señora, vengo para hacer el empadronamiento, sírvase usted responder á mis preguntas.

—¿Edad?

—Venticinco años.

—¿Casada?

—Yo.... pues....

La inquilina estaba visiblemente inmutada; pero serenándose, dijo:

—Póngame usted.... como la señora de abajo....

SOLUCION AL GEROGLIFICO DEL NUMERO ANTERIOR.

*Tienes unos ojos, niña,  
que alumbran como luceros,  
y es raro que alumbren tanto  
cuando á mí me dejan ciego.*

Al pié de la letra lo acertaron Ana Merced Boada, Lola, Alfredo Vera, Juan Rebus, I. X y 10, Socorro Pedroso, Fabian Sebastian Cabo, N. Benichiqui y Cobardon (Sagua), Inocencia Orell (Matanzas), Puyol el de Marras (nada sé de esa señorita, amigo Puyol, y estoy triste por eso), el sacristan de Lagunillas, B. D., Paquito el Encajetillado, Carlos Chapa, y Un suscriptor (Trinidad).

La compañía dramática de Tacon ha dado en el teatro de Guanabacoa algunas funciones que han hecho llorar hasta á la torre de la iglesia.

A excepción del *El Becerro de Oro*, todas las obras elegidas han sido del género sentimental, de ese que derrite y pone húmedos hasta los sombreros de copa alta.

¡Cuántas lágrimas se han derrochado!

He exceptuado *El Becerro de Oro* y no estoy en lo seguro. También en esa comedia ha hecho llorar á muchos el ver á Palomera de frac.

#### LOGOGRIFO

Cinco letras tiene el todo,  
y es cosa que yo abomino,  
pero que abunda en España  
por culpa de los políticos;  
hallas en las cinco letras  
todo lo que aquí te digo:  
lo que te canta un tenor  
con la tiple y el barítono;  
lo que se pone el soldado;  
lo que tener suele el físico;  
el que es para los Gobiernos  
agradable monolísabo;  
una dignidad monástica  
que hallas en Sor Patricinio;  
una frase catalana;  
un señor pariente mio;  
el nombre de un gran poeta,  
admiración de los siglos;  
lo que ves en las orillas  
del Duero, como del Miño,  
y algo más encontrar puedes  
que por brevedad omito,  
y Dios te libre del todo,  
á tu mujer y á tus hijos.

#### GEROGLIFICO.



(La solución en el número próximo.)

## BOLETIN BIBLIOGRAFICO.

(12)

### LIBROS MODERNOS

### RECIBIDOS RECIENTEMENTE PARA SU VENTA EN LA PROPAGANDA LITERARIA

O'Reilly, 54, entre Compostela y Habana.

**Colección de trozos escogidos de los mejores hablistas castellanos**, en prosa y verso, para uso de los establecimientos de educación, coleccionados por don Alejandro Gomez Ranera.—Entre todas aquellas composiciones de nuestra literatura patria que tan alto renombre han dado á nuestra nación, el coleccionador de este libro ha dado la preferencia á las que encierran más moralidad, evitando á la juventud la menor frase que pueda dañar su inteligencia y haciéndolo, por ende, un tesoro preciosísimo para los colegios nacionales, sobre todo en Cuba, donde tan de mano se ha dado siempre á nuestras glorias literarias.

Dos tomos, en un sólo volumen, de unas 450 páginas, con varios retratos, edicion de 1869. **Rs. 8**  
**Viaje submarino**: aventuras extraordinarias del Doctor Trinitus, por Aristides Roger. Como su título indica, este libro es, al par que una interesante novela, cuya trama seduce, un estudio científico cuya enseñanza cautiva. Pertenece al nuevo género de literatura científico-recreativa que tan brillante éxito ha alcanzado en todas partes. En pocos meses ha obtenido en España el libro que ahora se anuncia su cuarta edicion.

Un tomo en octavo, de 250 páginas. **Rs. 4**  
**Manual de Historia Universal**, ó Resúmen histórico de los principales estados de Europa, Asia, Africa y América, precedido de un extenso epítome de la Historia Sagrada, por don Alejandro Gomez Ranera.—Seis ediciones van publicadas de esta notable obra, declarada de texto para la segunda enseñanza de los Institutos y Seminarios conciliares, y en la última, que ahora se anuncia, se ha aumentado la historia hasta fines de 1868.

Un tomo en cuarto, de unas 700 páginas, edicion de 1871. **Rs. 16**

**El Rey del mundo**, por Emilio Souvestre.—No se sabe qué admirar más en esta novela, publicada por la Biblioteca de instruccion y recreo, si el interés que despiertan sus variadísimos incidentes, ó el talento que en ella ha desplegado su autor, para darnos un compendio de historia antigua y moderna á la par que una fábula amena é importantísima.

Dos tomos en octavo, de más de 300 páginas cada uno. **Rs. 8**

**La fé ante la ciencia moderna**, por Mons. De Segur; traducido del francés por D. A. F. G.—Como dice modestamente el ilustre autor de este libro, su mérito consiste en reunir en un grupo y en estilo familiar los principales problemas que se encuentran diseminados en los libros especiales, dándoles una solución fácil de comprender. Todo el mundo sabe algo de estas cosas, pero no sabe de ellas más que ese algo, y éste conocimiento superficial puede acarrear en ciertos casos peligros serios para la fé.

Un tomo en 8º, de más de 125 páginas, edicion de 1870. **Rs. 4**

**Colon**, poema por don Ramon de Campoamor.—Entre las obras notables que han dado alto renombre á este ilustre autor, pocas lo son tanto, ni que más interés ofrezcan á los lectores de América, como la que ahora se anuncia, que describe uno de los más gloriosos episodios de la historia de nuestra patria.

Un tomo en octavo, de 250 páginas. **Rs. 6**

**La naturaleza al alcance de los niños**, nociones generales de física, química é historia natural, por el doctor don Sandalio de Pereda y Martinez. Cuantas aplicaciones del mayor interés para la agricultura, la industria, la higiene y demás necesidades de la vida hay en la física y la química, se señalan en este libro, sin olvidar su alto fin moral y religioso, así como la brevedad, sencillez y claridad á que deben siempre atenerse obras de este género.

Un tomo en octavo, de unas 200 páginas, con multitud de láminas intercaladas en el texto. **Rs. 8**

**Compendio de la historia de España**, desde su origen hasta nuestros días, extractado de las obras más acreditadas de autores nacionales y extranjeros, y seguido de unos elementos de geografía política, estadística y administrativa, antigua y moderna, de España, por don Alejandro Gomez Ranera. Octava edicion, con notables adiciones por su autor. Obra señalada de texto para la segunda enseñanza en los Institutos y Seminarios conciliares.

Un tomo en cuarto, de 600 páginas, clara impresion de 1868. **Rs. 16**

**Novísimo Diccionario geográfico, histórico, pintoresco universal**, ó descripción física, histórica, política, comercial, estadística, industrial, científica, literaria, artística, religiosa, moral, etc., de todas las partes del mundo, según los documentos oficiales y datos estadísticos más recientes, las historias más apreciadas, las relaciones de los viajeros más acreditados y los más importantes descubrimientos modernos, precedida de algunas nociones generales astronómicas y geográficas é ilustrada con más de mil grabados, debidos á reputados artistas, que representan los diversos tipos de las variedades ó razas humanas que pueblan la tierra, sus armas, trajes y moradas; los retratos de los hombres célebres y las batallas más famosas de que hace mención la historia; las ciudades, pueblos, monumentos y objetos más notables de cada país; los escudos de armas de todas las provincias de España, reinos europeos y repúblicas americanas; los planos de las principales capitales de Europa, Asia y América, y completado todo por separado con numerosos mapas destinados á formar un atlas completo y cómodo para ser consultado; obra indispensable á todas las clases de la sociedad, hoy día, sobre todo, que la facilidad y rapidez de las comunicaciones multiplican las relaciones comerciales, industriales y de toda clase entre las diversas naciones.

Cuatro tomos en folio mayor, á dos columnas, de más de mil páginas cada uno, inmejorable impresion, edicion de 1868. **Rs. 160**

#### ADVERTENCIA.

Todas estas obras se hallan encuadradas á la rústica, cuando no se expresa que están empastadas. Los precios son fuertes é iguales en todos los puntos de la Isla, siendo de cuenta de esta casa los gastos de remision al interior. Los pedidos, que deben venir acompañados de su importe en sellos, billetes de Banco ó letra sobre la Habana, se dirigirán bajo cubierta certificada á *La Propaganda Literaria*, calle de O'Reilly, 54.—HABANA

Establecimiento tipográfico de “La Propaganda Literaria.”

CALLE DE O'REILLY NUM. 54.—HABANA.